

Notas Para Organizar el Estudio De las Ideas en Puerto Rico

Por
DOMINGO MARRERO NAVARRO

(Ponencia presentada en el Seminario de Historia de las Ideas, celebrado en San Juan en diciembre de 1956.)

(Primera Parte)

Cumplenos expresar, en primer término, la alegría puertorriqueña al tener en casa la reunión de un seminario como éste que forma parte de un proyecto de dimensión continental. En segundo término, queremos afirmar nuestra resolución de plantearnos el cumplimiento de esta tarea en un amplio sentido americano en donde cobre significado el peculiar matiz puertorriqueño de una historia de las formas del pensar. Tenemos que confesar, en tercer término —y así se lo expresé en carta al licenciado Ernesto de la Torres Villar al aceptar redactar estas notas— que aquí no hemos realizado las investigaciones para hacer con toda seriedad una historia de las ideas en Puerto Rico. Algunos estudiosos y aficionados tenemos algunas notas con enormes lagunas que demandan la colaboración concertada de un grupo de investigadores que nos ofrezcan monografías, salven documentos, papeleteen revistas y periódicos, en fin, que nos brinden las bases serias para una interpretación general de las corrientes ideológicas en Puerto Rico, sobre todo, en el siglo XIX y en este medio siglo del XX.

De suerte que si de este Seminario, además del descargo del aspecto continental de su trabajo, surgieran las bases para un proyecto de investigación para los próximos cinco años que reclutase la cooperación de diversas instituciones docentes y culturales de la Isla en la tarea de aclarar la historia de nuestro pensamiento socio-económico, político, jurídico, estético, religioso-teológico, pedagógico y filosófico, nos podemos dar por altamente satisfechos.

Por todo ello nunca interpretamos esta ponencia en el sentido de escribir un bosquejo, o trazar las líneas generales de una historia de las ideas. Antes más bien nos proponemos considerar, primero, el sentido de una historia de las ideas y su principal criterio metodológico; segundo, ofrecer otros criterios metodológicos que nos parecen aprovechables, si bien como

ideas vivas desde donde piensan y viven los hombres de su época o de otra época. Desde luego que hay ciertas otras ideas que no son de gran consecuencia y que el mismo hombre que las piensa hoy las puede dejar de pensar mañana. Pero hay otras que no toleran tal abandono porque son ellas las que nos tienen a nosotros. Nos tienen, nos sostienen y nos mantienen. Estas mueven a los hombres.

Al estudiar esta suerte de ideas hemos de intentar un método de interacción dialógica entre mundo, persona, idea pensada, que a su vez influye sobre hombres, instituciones, creencias, usos, costumbres, supuestos, en fin, toda esa configuración cultural que podemos llamar mundo, medio o situación.

Sería un grave error del historiador de las ideas, inducido por el carácter universal del objeto filosófico, estudiar las ideas como si éstas estuviesen en el aire, en un plano de análisis abstracto para determinar la nuda influencia de una idea sobre otra. Este error puede apartarnos de la realidad desde donde piensa el filósofo. El historiador de las ideas precisa mantenerse siempre alerta a las necesidades integrales de la vida. Tiene que atender el medio dentro del cual se da la idea: naturaleza, economía, política, demandas estéticas, éticas y espirituales en interacción dinámica.

Para evitar esas reducciones simplistas del determinismo histórico o geográfico merced a las cuales una idea dada es el resultante obligado de una configuración geográfica, social o económica dada, o, por el contrario, un clima sociopolítico es el resultado de una idea determinante, debemos aclarar el sentido flexible que damos al concepto de medio, situación o mundo.

El medio forma una unidad estructural con la persona. Nuestro medio es la sociedad local, regional, nacional, americana y por último universal. Ahora, dos personas conviviendo en la misma ciudad y en la misma nación no tienen necesariamente el mismo medio. Uno puede aceptar su medio local ingenua y regocijadamente. El otro puede polemizar con éste y, desde su libertad, depararse un medio más amplio gracias a lecturas, amistades, aficiones, preocupaciones y agitaciones espi-

tinto. En todo caso, sin embargo, acepte o polemice con su circunstancia inmediata ella está ahí como una cifra constante que debemos reconocer. El medio no es una fatalidad absoluta pero es una especie de fatalidad, es un reto para la trascendencia. Pensar es un ejercicio de la libertad dentro de esa fatalidad que obra como reto para los que sienten el llamado de la trascendencia.

En ese diálogo tenso entre hombre, circunstancia y el reto de la trascendencia para saltar por sobre el aquí y el ahora a la contemplación del objeto universal es que se da



Domingo Marrero Navarro

el fruto maduro del pensamiento. Junto a la universalidad del objeto aparece el peculiar matiz de nuestra circunstancia.

Otros Criterios Metodológicos

A.—De lo que llevamos dicho surge claro que el método que recomendamos para hacer una historia de las ideas sería el método de interacción dialógica. Para ello precisa en primer lugar una toma de posición, en segundo lugar determinar, en los términos del diálogo, qué fuerzas ideológicas han operado sobre el medio y cuáles han sido las formas de la vida institucional que han actuado sobre esas ideas; en tercer lugar, cuáles han sido los hombres que han contribuido a mantener vivo el diálogo y en último lugar hacer la crítica de fuentes para hacer las debidas filiaciones ideológicas con el mundo europeo, con el mundo americano y con nuestro propio na-

existen indudablemente— al vidando las cosas en común que tenemos. Pueblos jóvenes que en lucha colosal con la naturaleza, con la conciencia de tarea inconclusa y cuyos mejores días están por venir, le dan una tónica de esperanza a la consideración de la crisis que padecemos. Un libro como *La decadencia de occidente* no pudo haberse escrito en América. Un existencialismo escéptico y desesperanzado no tiene lugar dentro de la realidad americana.

En América, o se prefiere el personalismo, o se subrayan aquellas notas del existencialismo que hablan la lengua de la libertad, la trascendencia y la esperanza. Luego se conservan notas tales como decisión, lo concreto, el acto, superación de la tradicional antítesis de teoría y praxis, la reacción antihegeliana contra el racionalismo y el sistematismo; y, posiblemente, las de culpa y ahogo, pero todas ellas vistas al trasluz de una gama autóctona-mente americana.

III—Situación del estudio de las ideas en Puerto Rico

El problema más serio que confronta el historiador de las ideas en Puerto Rico es la relativa escasez y dispersión de materiales y la falta de investigaciones, necesarias para realizar la diversidad de tareas que tiene que acometer, antes de ofrecernos la estructura general de su obra. Si la tarea consistiese solamente en hacer una historia de las ideas filosóficas puras el trabajo sería más llevadero; pero en un siglo antimetafísico por excelencia como lo fue el siglo XIX —nuestro gran siglo formativo— las ideas hay que buscarlas por vía indirecta y en otras esferas de la cultura. Así antes de hacer una historia de las ideas filosóficas, o mientras se va haciendo ésta, precisa hacer una historia de las ideas políticas y jurídicas; otra de las ideas socioeconómicas; un estudio de las ideas científicas; un trabajo sobre las ideas estéticas: literatura, crítica, teatro, música y artes plásticas; y, una historia de las ideas pedagógicas, religiosas y teológicas.

Toda esta labor antes señalada tiene que correr parejas con un estudio de las instituciones puertorriqueñas. Una historia sobre éstas, o en su defecto, una historia general de Puerto Rico que

toda esta ponencia, discutibles, tercero, un breve examen de la situación en Puerto Rico; y cuarto, unas recomendaciones prácticas para realizar la tarea.

I.—Sentido de una historia de las ideas y su esencial criterio metodológico.

Si la filosofía es, en su esencia, radical problemática nada más propio que en un Seminario como éste que cuestionar hasta qué punto existe tal cosa como una historia de las ideas.

El objeto filosófico es el Universo. El pensador intenta aprehender el aspecto universal de cada cosa para fijarlo, asimismo, en un concepto de validez universal. Junto a su afán de universalidad el pensador, formalmente, tiene un imperativo de autonomía. Se compromete a no dar nada por sabido. Pero si formalmente la filosofía es ciencia sin supuesto, existencialmente la filosofía es un quehacer humano y presupone al hombre y a la situación desde donde se piensa.

Las ideas, pues, no son entes destemporalizados. Estas nacen en el pensamiento pero la inteligencia está formada bajo un régimen de necesidades vitales. De suerte que el estudio de la historia de las ideas se desarrolla al hilo de urgencias culturales que nacen de una situación histórica específica. Historiar ideas no debe ser un ejercicio intelectualista, abstracto y deshumanizado. No debe consistir en la exposición de ideologías arregladas cronológicamente para determinar las influencias de una idea sobre otra, así en abstracto. Las ideas nacen de la estructura de la vida en un momento dado. Presuponen, como hemos dicho, al hombre que piensa. Este, empero, no existe aisladamente sino que coexiste. Es un vivo diálogo con sus circunstancias. Una voz en ese diálogo la constituye el pensamiento pensado por otros hombres que a su vez fueron influidos por su situación.

Una historia de las ideas tiene que estar atenta a ese vivo diálogo del hombre con su mundo para sorprender la idea naciendo en un proceso de interacción fecunda con la vida.

Estas ideas que así nacen —pensadas por un hombre dentro de una configuración constituida por usos, costumbres, supuestos, instituciones que la dan clima cultural a su pensamiento — a su vez pueden influir la vida histórica de tal modo que llegan a constituir un repertorio de

rituales que le permiten trascender la limitación del medio inmediato en función de un tipo de pensamiento dis-

sado histórico.

B.—Los criterios metodológicos y la realidad americana. Entendemos que el historiador de las ideas en Puerto Rico debe atender, como quien estudia círculos concéntricos, el medio insular, la realidad antillana, la configuración latinoamericana y el mundo americano, en el más amplio sentido del término; luego estudiar las fuentes europeas, para determinar qué es lo autóctono americano y en qué casos las categorías europeas resultan ineficaces, o cobran un especial matiz de americanidad o puertorriqueñidad.

Aristóteles distinguía entre Teoría y Praxis. El conocimiento teórico era un saber en función de la verdad. El práctico con miras a la acción. El primero pretendía determinar las primeras causas y principios. El segundo era un saber para transformar el mundo y crear cosas. El saber práctico, que es filosofía también para el Estagirita, busca el modo de modificar lo real, proyecta dar ser a lo que no es. El mundo de relaciones sociopolíticas y de las artes nace de esta esfera del saber.

Este último ideal define más el interés americano en la filosofía. Pensamiento en función de transformar el mundo. En un hemisferio como el americano, donde hay tantas cosas por hacer, crearlas.

Tomemos por ejemplo, el ideal del pensador en América y compáremoslo con el de Europa. Este brega con los altos problemas de la metafísica y trabaja, generalmente, con un buen repertorio de las grandes ideas de Occidente. Ha hecho esto desde una sociedad relativamente estabilizada que la permite desentenderse de las circunstancias inmediatas para considerar las metafísicas fontananzas. El pensador europeo, hasta hace poco, podía con tranquilidad embalconarse. ¡Hasta que vino la crisis! Una sociedad bien estabilizada explica cómo Kant puede desentenderse de las demandas inmediatas de la sociedad prusiana y dedicarse a sus extraordinarias críticas.

En América el pensador es un hombre de acción que actúa tanto por medio de las ideas como por medio de la participación activa en la vida pública. Su hora y su tiempo lo reclaman. El intelectual embalconado tiene menos sitio en América que en Europa.

Por años y años, norte y suramericanos hemos estado subrayando las diferencias que nos separan —diferencias que

económicos y culturales en general. Especial atención debe darse a las gestiones, preocupaciones y logros de la Sociedad Económica de Amigos del País, al Ateneo Puertorriqueño, a los partidos políticos y a los contenidos ideológicos de revistas y periódicos, y a las instituciones relacionadas con las esferas culturales arriba apuntadas. Ahora bien, todas estas investigaciones y estudios por realizar no deben operar como agentes paralizadores en la tarea de ir formulando el estudio de las ideas en tanto se realizan más amplias investigaciones.

Por otro lado, no queremos en modo alguno dar la impresión de que no se han hecho trabajos en algunos de estos campos. Todo estudio debe tener muy en cuenta la obra de Brau, por la actualidad del enfoque en sus interpretaciones históricas y su cuidadosa atención a los datos sociales y económicos. Los trabajos históricos de Brau, aunque de fines de siglo pasado y comienzos de éste, provocaron justa admiración en el maestro Silvio Zavala por la contemporaneidad de muchas de sus categorías históricas.

Asimismo, las laboriosas investigaciones del profesor Lidio Cruz Monciuva constituyen fuente documental llena de indicaciones para realizar estas tareas. Los trabajos de la doctora Gutiérrez del Arroyo sobre el P. Abbad y La Sierra, y también, sobre el Reformismo Ilustrado en Puerto Rico, son puntos de partida para una historia de las ideas ya que para trabajar este tema importa el período que comprende el último tercio del siglo XVIII, a partir del Reinado de Carlos III — con su preocupación por el progreso y las causas humanitarias —, el siglo XIX, nuestro siglo formativo y definidor por excelencia — con su tensión entre conservadores y liberales, en Puerto Rico susceptibles a los vaivenes peninsulares —, y, por último, estos años del siglo XX, en que frente al choque traumático de la invasión con su cultura extraña a nuestra personalidad hispánica hemos, tras múltiples peripecias, afirmado el sentido hispanoamericano de nuestra cultura, pero, a su vez, hemos incorporado otros rasgos norteamericanos que formar ya parte de la personalidad puertorriqueña.

Otros trabajos a consultar son: la *Bibliografía puertorriqueña*, *El periodismo en Puerto Rico e Insularismo* de don Antonio S. Pedreira, este último con algunos posiciones muy discutibles; la *Historia de la educación en el Puerto Rico colonial* del P. Antonio

Libros Recibidos



Concha Meléndez

Ficciones de Alfonso Reyes, por Concha Meléndez; tirada aparte del Libro Jubilar de Alfonso Reyes, Dirección General de Difusión Cultural, Méjico, 1956, páginas 265-286; edición de la Universidad Nacional Autónoma de Méjico.

Contiene las siguientes partes: Algunas ideas sobre la novela y el cuento; Paisajes y escenarios para ficciones; Personajes para ficciones; Aproximaciones al cuento y la novela; Cuentos; Arranques de novela; Novelas cortas; Conclusión.

Don Manuel A. Pérez (Síntesis biográfica), por Julio Machuca, San Juan, Cooperativa de Artes Gráficas Romualdo Real, 1957, 17 páginas. Además de la biografía, contiene un apéndice con una Lista de Publicaciones de don Manuel A. Pérez.

El Cultivo Algodón en Puerto Rico, por Juan Pastor Rodríguez y Luis F. Martorell, Universidad de Puerto Rico, Estación Experimental Agrícola, Boletín 131, febrero, 1956, 102 páginas; ilustrado.

Estudio sobre la Explotación Económica de 134 Fincas de Caña de Azúcar en Puerto Rico, por Manuel Piñero y Juan R. Calderón, Universidad de Puerto Rico, Estación Experimental Agrícola, Boletín 132, abril, 1956, 98 páginas.

El Pueblo de Puerto Rico y la Ciudadanía de Estados Unidos, por Luis Muñoz Marín, discurso pronunciado el 2 de marzo de 1957, Día de la Amistad; Editorial del Departamento de Instrucción Pública, 1957, 12 páginas.

Sánchez Cuesta; **Education in Porto Rico** del doctor J. J. Osuna; **El teatro en Puerto Rico** de la doctora Antonia Sáez; **La novela en Puerto Rico**, de la doctora C. Gómez Tejera; **La poesía en Puerto Rico**, del doctor Cesáreo Rosa Nieves y sobre **La poesía modernista en Puerto Rico** el trabajo del doctor E. Laguerre; la **Antología crítica del ensayo en Puerto Rico** de la profesora M. Robles de Cardona; el **Diccionario de literatura puertorriqueña** de la doctora J. Rivera de Alvarez; **Porto Rico and the Non-hispanic Caribbean** del doctor A. Morales Carrión y **Ciudad Murada**, de D. Adolfo de Hostos; los trabajos puertorriqueños de Margot Arce y Concha Meléndez, y las memorias del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. Y como interpretación global, sin aparato erudito. El **pronuario histórico de Puerto Rico** del doctor Tomás Blanco. Es evidente que éstas son sólo unas breves notas, dentro de una más amplia bibliografía.

No hemos incluido en la mención anterior algunas investigaciones en curso y una obra próxima a publicarse. En prensa está la obra del doctor F. Manrique Cabrera: **Historia de la literatura puertorriqueña**. Los partidos políticos son objeto de investigación, de un lado, por la profesora doña Pilar Barbosa, y de otro, por el profesor Lidio Cruz Monclova. Los profesores Ricardo Alegría y E. Fernández Méndez trabajan: sobre arqueología, el primero; y el segundo, sobre antropología cultural puertorriqueña. La doctora Monelisa Pérez Marchand, José Emilio González y el que suscribe tenemos fichas para una historia

de las ideas filosóficas; en nuestro caso con grandes lagunas.

En muchos de los trabajos antes mencionados las referencias ideológicas, si se tocan, se hace sólo de soslayo. Además falta articular, darle sentido y organicidad a todos esos empeños dispersos. Por otro lado precisa estudios monográficos sobre Power, el Padre Rufo, José Julián Acosta, Ramón Emeterio Betances, Corchado, Elizaburu, Rafael López Landrón, sobre las ideas históricas de Salvador Brau y las filosóficas de Hostos, Degetau, si bien hay un buen estudio sobre este autor por el doctor Angel Mergal, y, falta además un estudio sobre las ideas y preocupaciones científicas del doctor A. Stahl. Sobre Matienzo Cintrón trabaja hace años el profesor L. N. Díaz Soler.

Este recuento incompleto demuestra, por un lado, nuestra preocupación y nuestro esfuerzo por aclarar nuestras raíces culturales, y por otro, lo mucho que hay por hacer. Asimismo demuestra la necesidad de articular estas investigaciones para evitar duplicaciones, para que, enterados del tema de su pesquisa los estudiosos canjeen notas entre sí; posiblemente crear un **organismo central de investigaciones** que reúna facilidades dispersas, desglose revistas y periódicos, mejore los servicios de fotocopia; y esto, sin menoscabo para la estructura y organización de nuestros centros de investigaciones como los de la Universidad de Puerto Rico — Estudios Hispánicos, Ciencias Sociales, etc.; y los del Instituto de Cultura Puertorriqueña.

CONTINUARÁ